



Grinchpun, Boris Matías. "¿Organizando la contrarrevolución? Alfonso de Laferrère, la Action française y el suplemento literario de *La Nación* (1924-8)". *Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades*, noviembre de 2019, vol. 8, n° 17, pp. 21-34.

¿Organizando la contrarrevolución? Alfonso de Laferrère, la Action française y el suplemento literario de *La Nación* (1924-8)

Organizing counterrevolution? Alfonso de Laferrère, Action française
and *La Nación*'s literary supplement (1924-8)

Boris Matías Grinchpun¹

Recibido: 20/10/2019

Aceptado: 27/10/2019

Publicado: 08/11/2019

Resumen

En los estudios sobre las derechas argentinas puede distinguirse una importante vertiente consagrada a las publicaciones periódicas. Así, los abordajes de *La Nueva República*, *Criterio* y hojas afines conforman un frondoso *corpus* que testimonia la vitalidad y perdurabilidad de este campo. No obstante, ciertas áreas han recibido una atención menor, entre ellas la participación de referentes de aquellos grupos en otros espacios como los diarios de tirada masiva. En dicha línea, este artículo se aproxima al paso del "maurrasiano ortodoxo" Alfonso de Laferrère por el suplemento literario de *La Nación* en los '20, comenzando como miembro del *staff* para pronto volverse director. Posición nada desdeñable, dada la relevancia que la sección dominical habría adquirido dentro del campo cultural local. Laferrère aprovechó estas posibilidades de distintas maneras, promocionando por ejemplo al jefe intelectual de la Action française, Charles Maurras, y a sus seguidores -a quienes el argentino conociera en su viaje a Europa- junto a sus amigos Juan Emiliano Carulla, Ernesto Palacio y Julio Irazusta. La trayectoria de Laferrère ofrece

Abstract

Studies on Argentina's right-wing groups show an important trend dedicated to these sectors' periodical publications. The approaches to *La Nueva República*, *Criterio* and similar publications constitute not only a voluminous *corpus*, but also a testimony to this field of research's vitality. However, certain areas have not received as much attention, like the participation of Nationalist figures in widely read newspapers. Consequently, this article follows the "orthodox Maurrasian" Alfonso de Laferrère during his tenure as director of *La Nación*'s literary supplement in the 20s. A coveted position, for this Sunday section had become relevant to the local cultural scene. Laferrère exploited these possibilities in different ways, like promoting Action française's intellectual *chef de file* Charles Maurras and his followers -whom the Argentine had met during his trip to Europe-, as well as his friends Juan Emiliano Carulla, Ernesto Palacio and Julio Irazusta. In other words, his trajectory offers a window to the itineraries of the "French connection" of

¹ Profesor de Historia (FFyL - UBA). Docente de Historia Económica y Social Argentina (FCE - UBA). Integrante del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", el Grupo de Estudios sobre la Historia de la Guerra (GEHiGue) y el Núcleo de Estudios Judíos (NEJ). Contacto: matiasgrinchpun@gmail.com.



entonces una puerta de entrada a los derroteros de la “conexión francesa” del nacionalismo argentino, así como a la gravitación temprana de algunos de sus exponentes.

Palabras clave

Alfonso de Laferrère; *La Nación*; Charles Maurras; Nacionalismo; Argentina.

Argentine nationalism, as well as to its referents' early influence.

Keywords

Alfonso de Laferrère; *La Nación*; Charles Maurras; Nationalism; Argentina.

¿Una tribuna de doctrina nacionalista?

Fernando Devoto señaló hace ya algunos años que pocas tradiciones políticas argentinas habían sido tan exploradas como el nacionalismo de derechas. Una aguda observación que no ha sido desmentida por el tiempo transcurrido, dada la aparición de notables y numerosas monografías dedicadas tanto a revisitar las derivas de estas corrientes en los años treinta y cuarenta (Finchelstein, *Fascismo trasatlántico*; Rubinzal) como a adentrarse en la relativamente relegada segunda mitad del siglo XX (Cersósimo, *El Proceso*; Goebel). La vitalidad y el dinamismo no han ido en detrimento de la autorreflexión, como podría percibirse en las críticas contenidas en estados de la cuestión tan cuantiosos como para constituir un género en sí mismo (Cersósimo, *El tradicionalismo*; Finchelstein, *Fascismo, liturgia*; López). Esta labor de recapitulación ha reafirmado los insoslayables logros de la historiografía consagrada a las extremas derechas vernáculas, pero también ha subrayado sus innegables limitaciones. Entre ellas, una cierta concentración en las publicaciones periódicas producidas por esos mismos sectores, un abordaje por cierto fructífero que se nutre de la historia intelectual y de las revistas a partir de una perspectiva política y cultural.

No obstante, esta proclividad ha hecho que las investigaciones reprodujeran en ocasiones el “relato interno” que propalaron los propios actores analizados, asediados consecuentemente por las autorrepresentaciones y la autorreferencialidad. Si bien los estudios sobre *Bandera Argentina*, *Nueva Política*, *Cabildo* y otras –desde artículos breves y ensayos hasta libros y monografías– configuran un *corpus* tan frondoso como valioso, atenerse a ellos ocultaría que las figuras que allí participaron no siempre asumieron lógicas sectarias ni se contentaron con dialogar entre sí en un lenguaje esotérico. Además de colaborar en “órganos de las derechas”, varios de estos actores participaron –en algunos casos asiduamente– en espacios de mayor repercusión, tales como los diarios de tirada masiva. Puesto de otro modo, no sería necesario sumergirse en las páginas de *Número*, *Verbo* o la *Revue d’Amérique Latine* (Quattrocchi-Woisson 86-90) para entrar en contacto con tópicos antiliberales, antidemocráticos y reaccionarios, sino que estos habrían aparecido también en publicaciones leídas cotidianamente por decenas de miles de personas. Un enfoque que no carece por otra parte de ejemplos, como el análisis de *La Mañana*, *La Fronda* y la trayectoria de Francisco Urriburu realizado por María Inés Tato (*Viento*), así como el seguimiento de la actuación de Mariano Montemayor en *Confirmado* durante la presidencia de Arturo Illia (Taroncher).

Partiendo de estas consideraciones, este artículo aspira a acercarse a un ámbito de circulación de los discursos nacionalistas en los años veinte, distinto a *La Voz Nacional*, *La Nueva República* y *Criterio*: el suplemento literario de *La Nación*, recientemente señalado por Martín Bergel como una “caja de resonancia” (316) de los discursos reaccionarios europeos. Lanzado en 1924 y convertido velozmente en una publicación prestigiosa dentro del panorama cultural local (Saítta), esta sección dominical incluyó durante la segunda mitad de la década contribuciones de Ernesto Palacio, Juan Emiliano Carulla y Julio Irazusta. Asimismo, dio lugar

a los historiadores Jacques Bainville y Pierre Lasserre, seguidores ambos del ideólogo del *nationalisme intégral* y principal referente de Action française, Charles Maurras (Weber). En otras palabras, allí podrían hallarse rastros de la recepción de las derechas francesas en la Argentina de entreguerras, así como un registro del ideario que los jóvenes nacionalistas desplegaron con más profundidad y vehemencia en sus propias revistas (Buchrucker: 48; Compagnon; Devoto: 219-231; Zuleta Álvarez: 27-31). Lejos de ser apellidos oscuros – conocidos solo por sus allegados, algunos intelectuales ultramontanos o los asistentes de los Cursos de Cultura Católica– Carulla y Palacio lograron que sus ensayos estuvieran al alcance de los millares de lectores del diario de los Mitre, al tiempo que elogiaban y traducían artículos de Bainville y Lasserre.

Para aproximarse a esta etapa en el devenir del suplemento literario, este trabajo ha optado por seguir la trayectoria de quien fuera entonces su director, el autodenominado “maurrasiano ortodoxo” Alfonso de Laferrère (Ibarguren 35-38; Irazusta *Memorias* 181; Tato, *Viento* 85; Zuleta Álvarez 215). Hijo de Gregorio –“comediógrafo” responsable de *Locos de verano* y *Las de barranco*–, acusaba a pesar de su corta edad una extensa y notoria carrera periodística: su actuación en *El País*, *La Mañana* y *La Fronda* habría sido un factor de peso en su ingreso y rápido ascenso en *La Nación*. El desembarco en la sección cultural, por su parte, respondería a sus inclinaciones literarias, confesadas en sus escritos autobiográficos (*Historia* 341-342) y plasmadas tanto en decenas de reseñas como en las largas tardes pasadas en el despacho del director de la Biblioteca Nacional Paul Groussac (Groussac XLI). Pero junto a estas inquietudes artísticas, Alfonso también concedió espacio a los amigos que hiciera en las oficinas de *La Fronda* y a través de su hermano Roberto, así como a los maurrasianos que contactó durante el viaje realizado a Europa al despuntar la década. En este sentido, el paso de Laferrère por la dirección de este suplemento podría constituir un capítulo poco conocido en la tan explorada “conexión francesa” del nacionalismo argentino de derechas, pero también podría ofrecer una nueva mirada sobre la temprana gravitación de sus exponentes.

Para desentrañar estas problemáticas, el artículo se dividirá en dos partes. La primera recuperará los antecedentes de Alfonso de Laferrère, haciendo hincapié en el itinerario a través del cual llegó a encabezar la sección literaria de uno de los diarios más importantes del país. En el segundo apartado el foco abandonará al director y se orientará hacia las figuras que este reunió en el suplemento, prestando especial atención a las redes intelectuales articuladas, a los nodos temáticos tratados y a las estrategias desplegadas para presentar estos discursos a públicos amplios y no necesariamente receptivos. Finalmente, la conclusión reflexionará sobre el rol que “figuras de frontera” (Martínez 175-179) como Laferrère pueden cumplir “tras bambalinas” en la historia intelectual, abordando asimismo el lugar del nacionalismo de derechas dentro del discurso social (Angenot 21-23) de la Argentina de fines de los años veinte.

Entre el anti-yrigoyenismo, la aliadofilia y las sugerencias maurrasianas

Alfonso nació en Buenos Aires a fines de 1893, en el seno de una acaudalada familia de la elite porteña (Ibarguren 7-9; Laferrère, *Historia* 342; Muñiz 305-306). Su madre, Teodosia Leguineche Ezcurra, estaba vinculada con un entramado de clanes que incluía a los Medrano, los Arguibel y los Ortiz de Rozas. Su padre no solo era un renombrado dramaturgo, sino también un miembro del exclusivo Círculo de Armas y un político activo dentro del “orden conservador” (Viñas, *Laferrère*). De esta manera, los hijos del matrimonio crecieron en un hogar acomodado y bien conectado.

Ya de niño, Laferrère habría mostrado una cierta afición por el dibujo y el humor, aunque también por la historia y la política. Estos afanes hicieron que Gregorio le consiguiera un empleo en la redacción de *El País*, matutino dirigido por sus amigos Mariano de Vedia y

Francisco Uriburu. En la redacción de este diario –por entonces enfrentado al presidente José Figueroa Alcorta (Tato, *Viento* 19-20)– el novato periodista se cruzó con escritores de relevancia, tales como Alberto Gerchunoff y Roberto Giusti (Giusti 77). No obstante, sería “Pancho” quien tendría un influjo decisivo en la carrera del joven: cuando *El País* cerró sus puertas en octubre de 1910, Laferrère siguió a Uriburu –tras un breve paso por *La Gaceta de Buenos Aires*– en su nuevo emprendimiento periodístico, *La Mañana*. Desde allí, el joven redactor defendió la reforma electoral de Roque Sáenz Peña –conceptuada como el primer paso para una regeneración republicana– y llamó a los conservadores a formar un partido orgánico (Tato, *Viento* 44-46). Siguió así con interés la formación del Partido Demócrata Progresista (PDP), al que se afilió en 1915. De la misma manera que *La Mañana* se identificó abiertamente con la idiosincrasia de su director, Alfonso se habría aproximado al ideario liberal-conservador de Uriburu y habría apoyado el moderado reformismo demócrata progresista.

El triunfo de Hipólito Yrigoyen en 1916 consternó a Laferrère, para quien “ese hombre taciturno y neurótico” había podido imponerse porque turbas de ciudadanos ignorantes y fanatizados habían construido en torno suyo un “culto fetichista”, una “superstición siniestra que puede conducirnos al despotismo” (*Literatura* 20-21). Este autoritarismo basado en la incultura y la mistificación no sería inédito: podía encontrarse en la historia de los países vecinos –“muchas son las semejanzas psicológicas del señor Irigoyen [sic] con algunos tiranuelos de América”–, así como en la propia, con “el recuerdo, sin duda cruel, de factores atávicos, que nos llevaría a evocar la Mazorca, como en una visión de pesadilla” (18). Además de estigmatizar al caudillo radical asociándolo con un pasado de violencia política, esta operación evidenciaría el carácter extraño y amenazante que el liderazgo carismático del “Peludo” habría tenido para Alfonso, partidario de una cultura política conceptuada como “moderna”, basada en partidos de programas e “ideas”, y no en los designios de “grandes hombres”. En esta posición, Laferrère coincidió con referentes del conservadurismo como Matías Sánchez Sorondo, quien comparó al entonces presidente con Juan Manuel de Rosas por la práctica de dividir a “los gobernados en partidarios de la «causa», que entonces se llamaba «santa», y en «réprobos y malvados»” (Padoán 37-39). No deberían pasarse por alto los ribetes clasistas y levemente racistas de sus invectivas: la rusticidad y la incompetencia fueron presentadas como marcas de la “baja extracción” de los radicales, mientras que sus seguidores fueron tildados de “mulataje delirante”, alejado de un ideal de pureza étnica y racionalidad (18). Laferrère habría difundido así una imagen imprecisa del electorado radical (Rock), pero funcional a la descalificación del adversario ensayada por *La Mañana*.

El advenimiento del yrigoyenismo no le acarreo a Laferrère un desencanto con las transformaciones impulsadas por Sáenz Peña. Por el contrario, la figura del finado mandatario fue reivindicada cuando salió a las calles la segunda edición de *El hombre mediocre* (Laferrère, *Literatura* 107-110). Alfonso se ubicó por ese entonces en las antípodas de los principios políticos usualmente identificados con el nacionalismo de derechas, como lo mostraría su embanderamiento durante la Gran Guerra detrás del liberalismo y la democracia contra los “admiradores del despotismo” (11). La veneración cultural por Francia e Inglaterra habría impulsado a Laferrère a pronunciarse por la *Entente Cordiale*, reproduciendo en varias instancias el discurso de la propaganda aliada. Los neutralistas fueron así tildados de “ultramontanos con alma de inquisidor”, “hombres de horizonte mental reducido” y “burgueses amantes del orden administrativo y de los progresos mecánicos” (10). El periodista abrevaba en el léxico modernista, achacándoles a los “germanófilos” los mismos vicios que Manuel Gálvez y Ricardo Rojas habían denunciado años atrás, tales como la obsesión materialista, la ceguera ante “lo bello” y una cosmovisión científicista (Altamirano y Sarlo 73-78; Terán 156-162). El uso peyorativo del término “burgués” contendría menos una crítica social que un señalamiento estético y moral: solo seres de sensibilidad chata y mentalidad economicista

podían entusiasmarse con los Imperios Centrales, uniendo “la capacidad ofensiva de un ejército con la justicia de su intento” (11).

Por cierto, dichas oposiciones no fueron privativas de Laferrère, en tanto el respaldo a los aliados estuvo muy extendido en las elites políticas y culturales vernáculas. Ya en 1914 Emilio Becher había presentado conceptualizaciones similares al responder a la encuesta que la revista *Nosotros* organizó al estallar la contienda (Cárdenas y Payá 168-170), mientras que los intelectuales nucleados en torno del Comité Nacional de la Juventud (CNJ) tuvieron ocasión de ampliarlas (Tato, *Viento* 87-91). La pertenencia al CNJ no le impidió a Alfonso introducir matices particulares, exaltando por ejemplo –a contracorriente de arielistas y modernistas– a los Estados Unidos y su presidente Woodrow Wilson (Laferrère, *Discurso* 3). Asimismo, el decadentismo de varios literatos locales se vio reemplazado por una visión optimista del conflicto y del porvenir: sea por un acendrado europeísmo o por el influjo de las narrativas de los eventuales vencedores, Laferrère habría presentado a la guerra como una contienda maniquea entre los bastiones de la barbarie y los heraldos de una irrefrenable civilización.

Además de reproducir el binomio democracia-autocracia, el periodista lo adaptó al escenario argentino. Para él, la lucha contra el “despotismo” no tenía lugar solo en Europa, ya que en el país “la gente que ha invadido las alturas viene en nombre de misteriosos mandatos providenciales a negar cincuenta años de historia” (Laferrère, *Literatura* 13). La situación internacional había abierto otro flanco para hostigar a la administración yrigoyenista, provocando ataques por parte de *La Mañana* que ganarían en virulencia a medida que el presidente se aislaba en su postura neutralista (Tato, *La trinchera* 121-122). El radicalismo y el II Reich fueron así mostrados como cómplices *de facto*, actuando ambos desde un falso sentido de superioridad, sosteniendo regímenes autoritarios y amenazando los avances logrados durante siglos. El desenlace de la conflagración hizo que Alfonso manifestara su alegría por “la derrota de las águilas siniestras”, aunque no dejó de mostrar su preocupación por una neutralidad oficial que contradecía “los verdaderos sentimientos de la población” (Laferrère, *Discurso* 3). Si los “poderes absolutos” acababan de “hundirse para siempre con los imperios centrales”, en Argentina “los actos de gobierno” continuarían “sujetos al capricho individual” (3). Fue así que en el mismo día del armisticio el periodista convocó a proseguir la lucha contra “un personaje minúsculo, encarnación grotesca de la vieja patraña mesiánica”, cuya negativa a ingresar a la Sociedad de las Naciones podía conferirle a los argentinos –junto a “dos o tres naciones oscuras”– el “trágico privilegio de una inmensa soledad moral” (3).

A mediados del año siguiente, Uriburu abandonó abruptamente la dirección de *La Mañana*. La partida fue provocada por un diferendo financiero con el administrador Raúl de Azevedo, quien había asistido a “Pancho” con las cuantiosas deudas que este había contraído (Tato, *Viento* 101-106). También Laferrère –quien años después afirmó que Azevedo se había “robado” el diario (*Historia* 346) dejó el matutino y se convirtió al poco tiempo en el jefe de redacción del nuevo diario de Uriburu, *La Fronda*. La flamante publicación tenía una familiaridad inocultable con la anterior, tanto por el estilo mordaz como por la prédica antirradical: no solo prosiguió la cruzada contra el “peludismo”, sino que también apoyó al PDP en las elecciones de 1920. De hecho, el propio “Pancho” formó parte de la lista de candidatos a convencionales del demoprogresismo para la Capital Federal. Aunque el triunfo volvió a mostrarse esquivo, la notable concurrencia a las urnas y el incremento de los votos demoprogresistas fueron vistos como una auspiciosa señal de “resurgimiento cívico” (Tato, *Viento* 110).

Una vez terminada la campaña y consolidada la posición de *La Fronda*, el secretario de redacción abandonó su puesto y partió en noviembre de 1920 a Europa (Laferrère, *Historia* 343). Su destino era París, ciudad que aún después de la Gran Guerra era elegida por jóvenes dentro y fuera del Viejo Continente para realizar sus “viajes iniciáticos”. En este punto al menos, el “modelo francés” había resistido los embates de la crisis civilizatoria que la contienda

había desatado con sus inmensos costos materiales y humanos, pero también con el *zeitgeist* de “malestar en la cultura” expresado entre otros por Oswald Spengler y Paul Valéry (Rolland). Alfonso había viajado con la intención de instalarse en la capital gala, aspirando a lanzar una revista literaria junto a otros argentinos residentes en la ciudad como su primo Andrés Ezcurra y el poeta Oliverio Girondo. Sin embargo, el proyecto naufragó por falta de dinero e interés de los convocados, mientras que la “nostalgia del terruño” habría hecho que Laferrère retornara a los pocos meses. No obstante la brevedad de la estadía, años después sostuvo que la experiencia había renovado completamente su “vida espiritual” (*Historia* 344). Entre las marcas más notorias de dicha transformación podrían contarse una intensificada francofilia y el contacto con intelectuales franceses, cuyo influjo se manifestaría progresiva y selectivamente con el correr de la década. Como ocurriera con Carulla (*Al filo* 176-177) y los hermanos Irazusta (*Memorias* 156-158), el periplo europeo habría sido la ocasión para un encuentro más directo con referentes de las derechas y el nacionalismo que el proporcionado por las referencias de terceros, las revistas extranjeras y los libros importados. No sería azaroso que entre el heteróclito conjunto de agrupaciones y publicaciones de esa tendencia se destacara *Action française*, dada la notoriedad que la Gran Guerra le había otorgado (Weber 113-118).

Durante su estadía, Alfonso se desempeñó como corresponsal de *La Fronda* enviando crónicas de la vida política europea y de la difícil construcción del orden posbélico, así como algunas crónicas de la vida artística local. Expresó allí sus acrecentadas simpatías por Francia, aseverando que “el pueblo que perdió más hombres y sufrió los estragos de la invasión no puede ver la paz bajo el mismo ángulo que los que, con pérdidas bastante inferiores, mantuvieron su territorio indemne” (*Literatura* 32). Los conflictos diplomáticos de la temprana posguerra habían puesto al descubierto la fragilidad de la *Entente*: “héroes de ayer” como Wilson (83) y Lloyd George (37) pasaron a ser denostados, mientras que la oposición expresada a la “paz cartaginesa” de Versalles –según la denominó John Maynard Keynes– dio lugar a la convicción, compartida por los grupos revanchistas y ciertos sectores del Alto Mando Francés, de que los acuerdos habían sido demasiado benevolentes.

Si Laferrère seguía considerando en 1921 que el economista británico era una referencia “inevitable” (38), sus opiniones se habían modificado sensiblemente a través de la lectura de Jacques Bainville, uno de los historiadores acaudillados por Maurras. Frente a los análisis que enfatizaron el comercio como vía para la recuperación, *Les conséquences politiques de la paix* (1920) aseveró que “sobre una vasta superficie de Europa, diez naciones hacen la guerra a pesar de la penuria, del tifus, en condiciones de existencia espantosas que no deberían dejar a los hombres más que la preocupación del pan cotidiano” (Bainville, *Les conséquences* 17; traducción propia).² La economía no bastaría para conjurar los fantasmas de la revolución y el conflicto, por lo que se necesitaría en cambio un “tratado político”. Lo firmado en 1919 resultaría inocuo, en tanto se aplicarían las máximas de la moral a un problema de índole muy distinta: como explicaba Laferrère, “Política y Moral son disciplinas independientes”, de ahí que la primera fuera “extramoral en la determinación de sus leyes, como la hidráulica, como la química. No lo es en su aplicación, necesariamente subordinada a un concepto posibilista y práctico del bien” (*Literatura* 86). Durante los años veinte, los argumentos “realistas” se volvieron un *leitmotiv* en los artículos de Alfonso, quien los extremó para presentar a sus rivales de turno –socialistas, conservadores o radicales– como idealistas incurables, extraviados entre el voluntarismo revolucionario y el desconocimiento de la más elemental política. Este “realismo” excedía por cierto a Laferrère, siendo un tópico recurrente de los

² “Sur une vaste surface de l'Europe, dix nations se font la guerre malgré la pénurie, le typhus, dans des conditions d'existence épouvantables qui ne devraient laisser aux hommes que le souci du pain quotidien.”

“contrarrevolucionarios” –aunque pudiendo ser hallado también en pensadores como David Hume– (Berlin; Rosanvallon 89-93).

Bainville habría reforzado asimismo las suspicacias del argentino hacia Alemania: si la potencia vencida había perdido territorios, todavía contaba con una población bastante mayor a la francesa. Asimismo, respetar la unidad política habría asegurado la supervivencia del “militarismo prusiano”, ya que “sobre las fronteras inciertas y siempre disputadas entre el germanismo y el eslavismo, en un país sin límites naturales, abierto a los cuatro vientos, la fuerza militar es una necesidad” (Bainville, *Les conséquences* 40, traducción propia).³ Esta desconfianza era compartida por Laferrère, quien advertía en 1921 que los alemanes comprendían “que no domina ya en el Gobierno de Francia la mano firme de otros días, y se dispone a sacar provecho de esa debilidad”, organizando “depósitos clandestinos de armas” y agitando “el fantasma de una alianza eventual con el bolchevismo” (*Literatura* 40). Ante el desafío, Alfonso exaltó a la *Grand Nation* en tanto única barrera contra el caos: “la revolución mundial, infecunda y desquiciadora, no será posible si no arraiga en Francia”, la que “restaurada, vigorosa, optimista, constituirá la garantía más sólida del orden en el mundo” (*Literatura* 41). Este cuadro era similar al pintado por Bainville para cerrar su obra, donde afirmaba que “Francia se ubica en Europa a la cabeza de la resistencia. Ella se ha convertido en el país del orden por excelencia, la antítesis del bolchevismo y la anarquía [...] No seducimos más a los hombres de izquierda, y los conservadores del mundo entero posan sus ojos en nosotros” (*Les conséquences* 247-248, traducción propia).⁴ De todas maneras, poco hubo en Alfonso de las densas caracterizaciones maurrasianas de Alemania como la patria de las fuerzas más disruptivas del mundo moderno.

Laferrère regresó a Buenos Aires hacia fines de 1921 y se reincorporó al *staff* de *La Fronda*. El retorno fue efímero, ya que en enero el periódico informó que el jefe de redacción abandonaba su cargo (S/A 1). El motivo aducido fue el ácido editorial con el que Uriburu había respondido a la negativa de De la Torre a que el PDP se sumara a la Concentración Nacional de Fuerzas Opositoras, fundada con el propósito de disputar las elecciones presidenciales a la UCR. Fiel al santafesino, Alfonso fundó y dirigió durante los meses siguientes *Tribuna Demócrata* (Laferrère, *Historia* 343). Semanario primero y diario después, las páginas de la publicación estuvieron repletas de sueltos, artículos y crónicas de los más destacados miembros de la agrupación, incluyendo a los candidatos Carlos Ibarguren y Francisco Correa. Laferrère obtuvo la colaboración de otro veterano demoprogresista como Gerchunoff, aunque también recurrió a plumas novatas como la de su hermano menor Roberto. La escasez de recursos y la precariedad de medios fueron dos constantes durante la corta vida de *Tribuna Demócrata*, suspendida poco después de los comicios en los que se impuso Marcelo T. de Alvear.

Las urnas también habían consagrado a Uriburu como diputado por el Partido Conservador, por lo cual este invitó a Laferrère a sustituirlo al frente de *La Fronda* (Tato, *Viento* 128). Si bien Alfonso aceptó y asumió en julio de 1922, a mediados de octubre decidió retirarse –según informaba el periódico– por “razones de orden personal”. Años después aseveraría que “en cuanto Alvear asumió el gobierno y empecé a combatirlo tuve desinteligencias con Uriburu y renuncié” (*Historia* 344). En efecto, el diario había asumido en un principio el mismo tono irónico y severo que *Tribuna Demócrata* había utilizado con el mandatario entrante, un “turista” y “desarraigado” que se sentiría más a gusto en París que en su país (Laferrère, *Literatura* 22). Esto habría sido difícil de aceptar para un Uriburu cuyo antirradicalismo no le habría impedido

³ “Sur les frontières incertaines et toujours disputées du germanisme et du slavisme, dans un pays sans limites naturelles, ouvert aux quatre vents, la force militaire est une nécessité”.

⁴ “Or, sans même s'en douter, la France s'est mise en Europe à la tête de la résistance. Elle est devenue le pays de l'ordre par excellence, l'antithèse du bolchévisme et de l'anarchie [...] Nous ne séduisons plus les hommes de gauche, et les conservateurs du monde entier tournent les yeux vers nous”.

ser tolerante con el sucesor de Yrigoyen, a quien por otra parte estaba unido por lazos familiares. El tono de *La Fronda* se suavizó tras la partida de Alfonso, lo que marcó el ingreso de este matutino en la “tregua alvearista” (Tato, *Viento* 131-133). No fue el caso de Laferrère, quien impugnó tanto a la oposición complaciente como a la administración radical desde el mensuario *Política*. Co-dirigida con el escritor Julio Noé, la revista apareció entre 1923 y mediados de 1924, y contó con la participación de destacados miembros del PDP como Ibarguren y De la Torre, aunque también con la colaboración de intelectuales como Manuel Gálvez. Víctima de una inconstante masa de suscriptores y de endeble apoyos económicos, *Política* desapareció tras las elecciones legislativas de 1924. Fue entonces que Alfonso recurrió a la amistad con Gerchunoff, De Vedia y Álvaro Melián Lafinur para encontrar un nuevo destino: el diario *La Nación*.

Politique d’abord? Un “maurrasiano ortodoxo” en La Nación

Laferrère desembarcó en el suplemento literario, por entonces bajo la dirección de Arturo Cancela. Sus comienzos fueron auspiciosos, con la publicación en la portada de una extensa nota biográfica sobre Juan Crisóstomo Lafinur (*Literatura* 65-82). Elaborado al cumplirse cien años de la muerte del personaje, el artículo aspiró a construir un tipo ideal de intelectual a partir del homenajeado. Los tópicos modernistas emergieron una vez más, en tanto el puntano fue mostrado como un esteta e idealista trágico que había muerto joven, pobre y desterrado. La defensa que hizo del régimen democrático lo habría hecho difícil de reivindicar desde una óptica maurrasiana, mientras que sus clases se habían detenido en figuras denostadas por Action française como Condillac, Destutt de Tracy o Cabanis. No obstante, las categorías del provenzal reaparecen al evaluar los versos de Lafinur, en los que “se anuncia lo que debía ser nuestra poesía un poco más tarde, pero con la ventaja de ignorar las subversiones del romanticismo desordenado” (72-73). Laferrère se hizo cargo poco después de una columna llamada “Correo literario de todo el mundo”, publicando bajo el seudónimo “Alpha” reseñas de artículos aparecidos en revistas francesas como *La Revue de Deux Mondes* y *La Revue Hebdomadaire*. Alfonso se habría desempeñado no solo como crítico sino también como intermediario cultural. En la temática de sus reseñas (Laferrère, “Literatura turca” 5; “Reflejos” 5) puede apreciarse la gravitación del orientalismo señalada por Bergel (316).

Además de rechazar el romanticismo, Alfonso reivindicó abiertamente a Maurras y a Léon Daudet. El primero fue ensalzado como una “gran figura de pensador y de patriota” en torno de quien “gira la vida intelectual de toda Francia”: no solo se celebró su “teoría estética” —estructurada sobre “su concepción clásica de la Ciudad y de la Belleza”—, sino también sus concepciones políticas, las cuales “inspirarían toda la acción contrarrevolucionaria de nuestros días” (*Literatura* 121). Aunque admitió que su monarquismo podía generar reticencias —“sobre todo lejos de Europa”—, aclaró que nadie podía ignorar “el vigor insuperable de su urdimbre” (119). En cuanto al segundo, “la violencia de sus sarcasmos” quedaría justificada por ser “la emanación más espontánea de su temperamento, apasionado y jovial, tierno y vengativo, con todas las excelencias y todos los excesos propios de una extraordinaria salud del cuerpo y del espíritu” (64). Esta celebración habría funcionado como defensa ante la severa reseña que Marie Hollebecq le dedicara a *Le drame des Jardies* en el suplemento literario de *La Nación*. La réplica de Alfonso tampoco careció de dureza, en tanto aseveró que la corresponsal “no sabe de la misa la media y escribe desde París, sobre temas franceses, con la ignorancia con que podría hacerlo si escribiera desde la península Kamchatka” (51). No debería omitirse que estos artículos —entre apologéticos y explicativos de estos personajes para un contexto argentino que se suponía poco o mal informado— no fueron publicados en el diario de los Mitre, sino en revistas literarias donde Alfonso podía mostrar su afinidad por el provenzal. Si Laferrère distaba

de ser un fanático del autor de *Enquête sur la monarchie* –como podría inferirse de los múltiples reparos y reservas que el periodista presentaba hacia el francés–, Action française había hecho sin duda mella en su pensamiento y en su actividad. Alfonso puede no haber sido un “ortodoxo”, pero ciertamente –como recordaba Carulla– “cojeaba de la pierna maurrasiana” (*Al filo*: 241).

A mediados de 1925, el “Correo Literario” de “Alpha” desapareció silenciosa y súbitamente. Pocas semanas después, el suplemento comenzó a ser numerado y sufrió cambios en su diseño que contribuyeron a diferenciarlo del resto del periódico. Estas modificaciones coincidieron temporalmente con la salida de Cencela, quien fue reemplazado por Laferrère (Escribano 20; Ibarguren 35). Este pasó entonces a ostentar una posición clave en la intersección entre los campos periodístico y literario, como parte de una publicación que mantuvo su pretensión de presentar las “grandes ideas”, las novedades artísticas y la política de la época, al tiempo que funcionaba como espacio de proyección para quienes deseaban avanzar en el medio de la literatura y la poesía (Ramos).

El ascenso de Alfonso se vio acompañado por la incorporación a la nómina de colaboradores de nuevas plumas foráneas. Sugestivamente, el primero fue Bainville, quien publicó su primera columna a fines de octubre de 1925 con una breve nota en la que el director lo introducía como el primero entre “los especialistas de política exterior de su país”, al punto que su juicio “merece atención en los gabinetes diplomáticos y en todos los centros directivos del Continente” (Laferrère, *Literatura* 135). Las cualidades ensalzadas eran en muchos casos las mismas que valoraban los maurrasianos: “el buen sentido, la medida, la limpidez, el orden, la gracia” caracterizarían su prosa, mientras que “nada hay más extraño a su mentalidad que los desbordes románticos” (137). El artículo en cuestión –un análisis lapidario de la Sociedad de las Naciones que retomaba lo planteado en 1920– sería el primero en una larga lista de contribuciones sobre la situación europea que se extendería hasta 1928. El francés se pronunció sobre tópicos bastante diversos, manifestando su entusiasmo ante la radicalización del fascismo (Bainville, “Historia” 7); siguiendo con detenimiento la evolución del régimen soviético (“El dinero” 6); denunciando nuevamente la duplicidad y la belicosidad alemanas (“La teoría” 5); y expresando su escepticismo ante iniciativas “fútiles” como el Pacto Kellogg-Briand (“Viaje” 7). Bainville no se privó de referirse a la historia del Viejo Continente y fue en aquellos textos donde más abiertamente aparecieron los tópicos neo-monarquistas. Así, aseveró –al referirse a “la moda de los centenarios”– que “la causa de los pueblos ya no despierta entusiasmo” y que “el romanticismo en todas sus formas” se encontraba moribundo en Occidente, pero se hallaba “más activo que en cualquier otra parte” en el Este, ya que “la República de los Soviets, ¿no es acaso romanticismo en acción?” (“La moda” 7).

Otro miembro de Action française reclutado por Laferrère fue Pierre Lasserre, quien en 1928 se incorporó a la sección con una reseña muy crítica de *La révolution française* de Albert Mathiez (“Algo nuevo” 9). Uno de los más acérrimos defensores del neo-clasicismo y de la tesis que vinculaba romanticismo con decadencia nacional, Lasserre evitó cuestiones espinosas enviando artículos sobre temáticas literarias y culturales (“La gloria” 8; “El poeta” 9). Si la presencia de maurrasianos en el suplemento literario durante esta etapa resulta evidente, cabe preguntarse si fueron los ingentes recursos de *La Nación* los que posibilitaron estos contactos o si estas participaciones tuvieron lugar gracias a las redes que Alfonso había tejido previamente. Que el entusiasmo de este periodista por Maurras y Bainville fue previo a su ingreso en el matutino de los Mitre es algo que se ha mostrado más arriba, aunque la recepción puede no haberse visto acompañada por una comunicación directa. De ahí la importancia de una carta que Laferrère le dirigió al provenzal en marzo de 1923 en la que se presentaba como “admirador de Anthinéa, lector de la *Enquête sur la monarchie* y suscriptor de *L’Action*

Française” (“Carta”).⁵ La misiva, que sugestivamente apartaba cualquier comentario político en favor de observaciones sobre literatura, muestra que los contactos de Alfonso con Maurras y su entorno existían tiempo antes de que ingresara en el *staff* de *La Nación*.

Tan relevante como las contribuciones de estos autores fue la presencia de jóvenes escritores que coqueteaban con el proyecto de dirigir un movimiento nacionalista autóctono: en efecto, fue durante el trienio de Alfonso que Julio Irazusta y Ernesto Palacio comenzaron a escribir para el suplemento literario. A ellos deberían agregarse Juan Emiliano Carulla, César Pico y Tomás Casares —quienes ya participaban en la etapa de Canela— para hallar una porción considerable del plantel de *La Nueva República*. Si Irazusta se mantuvo alejado de problemáticas políticas, publicando retratos de oscuros personajes históricos, sus camaradas articularon un discurso similar al volcado en otras publicaciones. Fue así que Pico arremetió contra “toda la gnoseología moderna, sobre todo después de Kant, por ser un pecado contra la luz, una actitud diabólica frente a la imagen de Dios en las cosas” (8). Por su parte, Palacio reiteró lo sostenido en *La Nueva República* al afirmar que la palabra “nacionalismo” no debía ser confundida con “un indianismo artificial y literario” o “un sospechoso íbero-americanismo, bajo el cual podía adivinar el menos advertido una añagaza bolchevizante”, sino que dicho término designaría “un restablecimiento de la primacía de la Inteligencia sobre las creaciones oscuras del sentimiento y la imaginación”, la restauración de “una tradición de cultura interrumpida por la Revolución Francesa” (3).

También Carulla procuró clarificar qué era el nacionalismo, fundamentado para él en “el sentido común de todas las épocas”, capaz de hacer que “las facciones y partidos que hasta ayer se miraban como enemigos se reconcilien y depongan sus intereses particulares en aras del «interés nacional»” (“Apuntes” 4). El entrerriano explicitó en este punto que la pauta la daba el movimiento francés “gracias a la acción de su gran animador, Charles Maurras, y de la brillante «élite» que lo secunda” (4). En este sentido, podría plantearse que el suplemento ocupó un rol no menor en la gestación del nacionalismo de derechas, junto con otras publicaciones por lo general más estrechamente asociadas con dichas corrientes como *La Voz Nacional* y *Criterio*. De hecho, le habría conferido a las ideas y a los intelectuales maurrasianos un espacio de mayor visibilidad que las revistas de reducida circulación o espacios como los Cursos de Cultura Católica (Compagnon 300-302).

Sin embargo, sería exagerado afirmar que estos cambios comportaron una “derechización” del suplemento. Por empezar, una rápida revisión de las contribuciones muestra que la mayoría de los autores de la etapa previa continuó participando, como los españoles Rafael Altamira y José Ortega y Gasset, el escritor alemán Heinrich Mann e incluso la polémica Hollebecque. Asimismo, la nota distintiva de la sección no habría sido una homogeneización discursiva sino más bien la polifonía. Esta amplitud podía verse en las piezas literarias publicadas, provenientes de escritores vinculados al Grupo de Boedo (Arlt 2; Tiempo 3), así como de sus colegas de Florida (Mallea 4; Ocampo, “Algo sobre” 6). Pero lo mismo podría sostenerse sobre los escritos más decididamente políticos: si el maurrasiano Henri Massis suscitó con *La défense de l'Occident* (1927) el apoyo decidido de Gálvez, Carulla y Pico, Victoria Ocampo pudo expresar su desacuerdo en el mismo suplemento. Reivindicando a la filosofía y la literatura orientales en general, y a su viejo invitado Rabindranath Tagore en particular, la futura directora de *Sur* vilipendió al “grupo Defensa de Occidente” y a su mentor francés, un “panfletista” intolerante que habría buscado “en Oriente lo que le era necesario y nada más” (“Acusador” 3). Con ironía, la escritora apuntó que Massis “tiene siempre necesidad

⁵ El ejemplar encontrado es una copia del original mecanografiado. Agradezco a Sofía y María de Laferrère por la posibilidad de acceder a este documento.

de un «blanco»” (3). A la polémica por el libro de Massis podría agregarse la encendida disputa desatada por un artículo de Carlos Alberto Leumann que reimaginaba el dogma de la Inmaculada Concepción (4). El episodio, que derivó en que el escritor no volviera a publicar tras los reclamos del Arzobispo de Buenos Aires y la Liga de Damas Católicas (Sidicaro 98), revelaría que tampoco en materia religiosa la sección literaria se habría encontrado en la línea de los nacionalistas.

En resumen, el paso de Laferrère por la dirección del suplemento literario de *La Nación* se habría visto acompañado por una mayor gravitación de los maurrasianos franceses y de los nacionalistas argentinos que con tanto ahínco leían a los primeros. No obstante, el avance de estas figuras –ocasionalmente catalogadas como “autoritarias” (Echeverría)– no habría hecho más que reforzar el carácter relativamente abierto y plural que la sección cultural del diario de los Mitre tuvo durante los años veinte.

Entre el desprecio de los “avanzados” y los reproches de los reaccionarios

A finales de 1928, Alfonso abandonó la dirección del suplemento literario de *La Nación*. Continuó desempeñándose como redactor en el diario de los Mitre, al tiempo que colaboraba esporádicamente con *La Fronda*. Desde allí contribuiría con la gestación de un clima favorable a la destitución de Yrigoyen, operación en la que los tópicos antirrepublicanos y antiliberales de Action française habrían tenido una importancia nada desdeñable (Tato, *Viento* 165-171). En este sentido, la relevancia de los Cursos de Cultura Católica y de hojas nacionalistas como *La Voz Nacional*, *La Nueva República* y *Criterio* resulta insoslayable pero no debe ocultar la diseminación del ideario maurrasiano a través de otros circuitos. Cualquier persona que adquiriera el periódico de Uriburu podría entrar en contacto con los tópicos del *nationalisme intégral*, al igual que los lectores de la edición dominical de *La Nación* en los veinte podían llegar a encontrarse con textos de Bainville y Lasserre, loas a Massis y crónicas del propio Maurras. Aunque el matutino de los Mitre y su suplemento literario distaron de convertirse en sucursales del neo-monarquismo francés, no sería descabellado plantear que podría haber funcionado como uno de los vehículos de dicha ideología. No debería pasarse por alto que la participación en un diario bien establecido y de tirada masiva no solo le confirió visibilidad a estos discursos, sino que también les concedió un aura de legitimidad. Lejos de ser las ideas de algunos “niños bien” embelesados por las derechas europeas –como sugiriera Marysa Navarro (16)–, el maurrasianismo podría haber formado parte del bagaje de conocimientos de las clases medias y altas cultas del momento.

Ahora bien, así como la sección cultural de *La Nación* difícilmente pueda ser catalogada como una usina contrarrevolucionaria, Alfonso de Laferrère no habría sido un protagonista excluyente de este proceso de recepción. Ciertamente, la difusión de Maurras en la Argentina no puede ser narrada sin aludir a Carulla, Palacio e Irazusta, por no mencionar lectores y comentaristas anteriores como Ángel de Estrada o Groussac. No obstante, sea por sus inquietudes, por sus viajes, por sus contactos o por sus posiciones, Laferrère habría cumplido un rol para nada desdeñable en la difusión de este pensador y sus colaboradores tanto entre los nacionalistas como en los públicos más amplios. Ciertamente es que su personalidad retraída, su renuencia a los compromisos riesgosos y la escasez de artículos firmados hacen que Alfonso sea muchas veces ubicado en la segunda o en la tercera línea de los referentes del nacionalismo argentino de derechas. Como él mismo lamentaba en 1930, “los «avanzados» me detestan, los tímidos me temen por demasiado definido y los reaccionarios me reprochan que no los acompañe en su actitud de condenar todo lo existente sin proponer el modo de sustituirlo” (*Historia* 339). Sin embargo, su accionar como intermediario y organizador cultural sugiere que su relevancia puede haber sido mayor de muchos especialistas y él mismo supusieron.

Obras citadas

- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Centro Editor de América Latina, 1983.
- Anónimo. “De ‘La Fronda’.” *La Fronda*, 24 de enero de 1922, p. 1.
- Angenot, Marc. *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI, 2010.
- Arlt, Roberto. “Ester primavera.” *SL-LN*, (s.n.), 9 de septiembre de 1928, p. 2.
- Bainville, Jacques. *Les conséquences politiques de la paix*. Nouvelle Librairie Nationale, 1920.
- _____. “La teoría de las dos Alemanias.” *SL-LN* n.º 92, 3 de abril de 1927, p. 6.
- _____. “Defensa del Occidente.” *SL-LN*, n.º 101, 5 de junio de 1927, p. 5.
- _____. “El dinero y los pueblos.” *SL-LN*, n.º 104, 26 de junio de 1927, p. 6.
- _____. “Historia contemporánea.” *SL-LN*, n.º 108, 24 de julio de 1927, p. 7.
- _____. “La moda de los centenarios.” *SL-LN*, n.º 112, 21 de agosto de 1927, p. 7.
- _____. “Viaje a través el tiempo.” *SL-LN*, (s.n.), 25 de marzo de 1928, p. 7.
- Bergel, Martín. *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*. Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
- Berlin, Isaiah. *Three critics of the Enlightenment: Vico, Hamann, Herder*. Princeton University Press, 2000.
- Buchrucker, Christian. *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Sudamericana, 1987.
- Cárdenas, Enrique y Payá, Carlos. *Emilio Becher. De una Argentina confiada hacia un país crítico*. Peña Lillo, 1979.
- Carulla, Juan Emiliano. “El arte de comer bien.” *SL-LN*, (s.n.), 15 de junio de 1924, p. 5.
- _____. “Apuntes sobre nacionalismo.” *SL-LN*, (s.n.), 1 de abril de 1928, p. 4.
- _____. *Al filo del medio siglo*. Huemul, 1964.
- Cersósimo, Facundo. “El tradicionalismo católico argentino: entre las Fuerzas Armadas, la Iglesia católica y los nacionalismos.” *PolHis*, n.º 14, jul.-dic., 2014, pp. 340-74.
- _____. “El Proceso fue liberal.” *Los tradicionalistas católicos argentinos y el Proceso de Reorganización Nacional (1976-1983)*. Universidad de Buenos Aires-Facultad de Filosofía y Letras (Tesis de doctorado), 2015.
- Compagnon, Olivier. “Le maurrasisme en Amérique Latine. Étude comparée des cas argentin et brésilien.” *Charles Maurras et l'étranger. L'étranger et Charles Maurras*, compilado por Olivier Dard y otros, Peter Lang, 2009, pp. 283-305.
- Devoto, Fernando. *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*. Siglo XXI, 2005.
- Echeverría, Olga. *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Prohistoria, 2009.
- Escribano, José Claudio. “La identidad cultural de *La Nación*.” *La Nación*, 9 de agosto de 2007, p. 20.
- Finkelstein, Federico. *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- _____. *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralidad en Argentina y en Italia, 1919-1945*. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Giusti, Roberto. *Visto y vivido. Anécdotas, semblanzas, confesiones y batallas*. Theoria, 1999.
- Goebel, Michael. *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*. Prometeo, 2013.
- Groussac, Paul. *Páginas de Groussac*. América Unida, 1928.
- Ibarguren, Carlos (h). *Roberto de Laferrère. Periodismo, historia, política*. Eudeba, 1969.

- Irazusta, Julio. *Memorias (Historia de un historiador a la fuerza)*. Eudeba, 1975.
- Laferrière, Alfonso de. “Discurso del señor Alfonso de Laferrière.” *La Fronda*, 14 de noviembre de 1918, p. 3.
- _____. “Carta a Charles Maurras.” 17 de marzo de 1924.
- _____. “Literatura turca.” *SL-LN*, (s.n.), 7 de septiembre de 1924, p. 5.
- _____. “Reflejos japoneses.” *SL-LN*, (s.n.), 21 de septiembre de 1924, p. 5.
- _____. *Literatura y política*. Ediciones La Nueva República, 1928.
- _____. *Historia, política, letras*. Edición privada, 1990.
- Lasserre, Pierre. *Le romantisme français. Essai sur la révolution dans les sentiments et dans les idées au XIXe siècle*. Mercure de France, 1907.
- _____. “Algo nuevo sobre la revolución francesa.” *SL-LN*, (s.n.), 25 de marzo de 1928, p. 9.
- _____. “La gloria de Barrès.” *SL-LN*, (s.n.), 22 de abril de 1928, p. 8.
- _____. “El poeta y el historiador.” *SL-LN*, (s.n.), 29 de julio de 1928, p. 9.
- Leumann, Carlos Alberto. “La madre de Jesús.” *SL-LN*, n.º 93, 10 de abril de 1927, p. 4.
- López, Damián. “Naciones imaginadas. Reflexiones en torno a la historiografía sobre el nacionalismo argentino de derecha durante el período 1930-1945.” *Anuario del CEH “Carlos A. Segretti”*, n.º 11, 2011, pp. 227-45.
- Mallea, Eduardo. “Neel.” *SL-LN*, n.º 17, 11 de octubre de 1925, p. 4.
- Maurras, Charles. “Crónica de París.” *SL-LN*, (s.n.), 1 de junio de 1924, p. 1.
- _____. “Una encuesta en Alemania.” *SL-LN*, n.º 4, 19 de junio de 1925, p. 2.
- Martínez, Ana Teresa. “Intelectuales de provincia: entre lo local y lo periférico.” *Prismas*, n.º 17, 2013, pp. 169-80.
- Muñiz, Carlos. “Centenario de Alfonso de Laferrière.” *BAAL*, n.º 229-230, jul.-dic., 1993, pp. 305-22.
- Navarro, Marysa. *Los nacionalistas*. Jorge Álvarez, 1968.
- Ocampo, Victoria. “Algo sobre Rabindranath Tagore.” *SL-LN*, n.º 21, 15 de noviembre de 1925, p. 6.
- _____. “Acusador y acusados. Massis y el Oriente.” *SL-LN*, n.º 118, 2 de octubre de 1927, p. 3.
- Padoán, Marcelo. *Jesús, el templo y los viles mercaderes. Un análisis de la discursividad yriogenista*. Universidad Nacional de Quilmes, 2002.
- Palacio, Ernesto. “Nacionalismo y panteísmo político.” *SL-LN*, (s.n.), 26 de febrero de 1928, p. 3.
- Pico, César. “Tres actitudes del conocimiento.” *SL-LN*, (s.n.), 1 de abril de 1928, p. 8.
- Quattrocchi-Woisson, Diana. *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Emecé, 1995.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Rock, David. *Politics in Argentina, 1890-1930. The rise and fall of radicalism*. Cambridge University Press, 1975.
- Rolland, Denis. *La crise du modèle français. Marianne et l’Amérique Latine: culture, politique, identité*. Presses Universitaires de Rennes, 2000.
- Rosanvallon, Pierre. *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo de 1789 hasta nuestros días*. Siglo XXI, 2007.
- Rubinza, Mariela. *El nacionalismo frente a la cuestión social en Argentina (1930-1943). Discursos, representaciones y prácticas de las derechas sobre el mundo del trabajo*. Universidad Nacional de la Plata (Tesis de doctorado), 2012.
- Saítta, Sylvia. *Regueros de tinta. El diario ‘Crítica’ en la década de 1920*. Siglo XXI, 1998.

- Sidicaro, Ricardo. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*. Sudamericana, 1993.
- Taroncher, Miguel Ángel. *La caída de Illia. La trama oculta del poder mediático*. Ediciones B, 2012.
- Tato, María Inés. *Viento de Fronda. Liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932*. Siglo XXI, 2004.
- _____. *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Prohistoria, 2017.
- Terán, Oscar. *José Ingenieros. Pensar la nación*. Alianza, 1986.
- _____. *Historia de las ideas en Argentina (1810-2010). Diez lecciones iniciales*. Siglo XXI, 2010.
- Tiempo, César. “Nocturno de fatiga.” *SL-LN*, (s.n.), 8 de julio de 1928, p. 3.
- Viñas, David. *Literatura argentina y realidad política*. Jorge Álvarez, 1964.
- _____. *Laferrière. Del apogeo de la oligarquía a la crisis de la ciudad liberal*. Universidad Nacional de Rosario, 1965.
- Weber, Eugen. *L'Action française*. Fayard, 1985.
- Zanatta, Loris. *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Zuleta Álvarez, Enrique. *El nacionalismo argentino (I)*. La Bastilla, 1975.